

La Alhambra

Revista quincenal de
Artes y Letras

Director, Francisco de P. Valladar

AÑO XIV

NÚM. 346

Tip. Lit. Paulino Ventura Traveset, Mesones, 52, GRANADA

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO DEL NÚMERO 346

Una colección de obras de arte en el siglo XVI, *Francisco de P. Valladar*.—La literatura en Granada, *Miguel Gutiérrez*.—El dolor de escribir, *R. Buendía Manzano*.—Amor del alma, *García Torres*.—Mis ensayos de alpinista, *Matías Méndez Vellido*.—La ópera española y el maestro Bretón, *S.*.—La alegría de llorar, *Luis Esteso*.—La Exposición de Arte histórico, *V.*.—Notas bibliográficas, *V.*.—Crónica granadina, *V.*.
Grabados: San Jerónimo en su celda.

Librería Hispano-Americana

MIGUEL DE TORO É HIJOS

37, rue de l'Abbé Grégoire.—Paris

Libros de 1.^a enseñanza, Material escolar, Obras y material para la enseñanza del Trabajo manual.—Libros franceses de todas clases. Pídase el Boletín mensual de novedades francesas, que se mandará gratis.—Pídanse el catálogo y prospectos de varias obras.

Gran Fábrica de Pianos y Armoniums

— DE —

LÓPEZ Y GRIFFO

Almacén de Música é instrumentos.—Cuerdas y accesorios.—Composturas y afinaciones.—Ventas al contado, á plazos y alquiler.—Inmenso surtido en Gramophone y Discos,
Succursal de Granada, ZACATÍN, 5

Nuestra Señora de las Angustias

FABRICA DE CERA PURA DE ABEJAS

GARANTIZADA A BASE DE ANÁLISIS

Se compra cerón de colmenas á los precios más altos. No vender sin preguntar antes en esta Casa

ENRIQUE SANCHEZ GARCIA

Premiado y condecorado por sus productos en 24 Exposiciones y Certámenes

Calle del Escudo del Carmen, 15.—Granada

CHOCOLATES PUROS

elaborados á la vista del público, según los últimos adelantos, con cacao y azúcar de primera. El que los prueba una vez no vuelve á tomar otros. Clases desde una peseta á dos. Los hay riquísimos con vainilla y con leche.—Paquetes de libra castellana.

CAFÉS SUPERIORES

tostados diariamente por un procedimiento especial.

La Alhambra

Revista quincenal de Artes y Letras

Año XV → 15 de Agosto de 1912 ← N.º 346

UNA COLECCION DE OBRAS DE ARTE EN EL SIGLO XVI

A mi ilustre amigo Cazabán.

Revisando papeles viejos en el antiquísimo archivo del Refugio, piadosa institución para albergar mujeres enfermas, incurables y en período de curación, fueran pobres o acomodadas; socorro de doncellas y otros caritativos fines, institución que subsiste, aunque ya no posea los grandes caudales que tuvo en casas, tierras de labor y censos, — entre las curiosísimas documentaciones de uno de los más pingües patronatos, he hallado un inventario, un testamento y una donación que contienen interesantes noticias relativas a una importante colección de obras de arte que considero útil dar a conocer a V. que tanto ha revuelto en esos archivos de la ciudad y la provincia de Jaén, de donde es V. Cronista por sus propios merecimientos y por un acto de justicia que esas Corporaciones populares oportunamente otorgaron.

Trátase de un muy ilustre religioso: de D. Jerónimo Treviño, caballero freyre de Alcántara, administrador de esta Orden y prior de la iglesia de San Benito de Jaén. La mayor parte de sus cuantiosos bienes radicaba en Ciudad Real, y tal vez los cuadros, las estatuas y las antigüedades, no salieron de allí, pues dice que los tenía colocados en las salas bajas y cuadra alta de su casa principal, y encargó que no se movieran los cuadros y demás obras de los sitios que ocupaban.

El inventario es de 1598, y juntamente con muchas y buenas prendas, armas, muebles, libros y antigüedades, figuran los cuadros y objetos artísticos siguientes:

Una tabla de la imagen de San Jerónimo, grande, con molduras doradas, traída de Roma.

Una imagen de Ntra. Sra. de Minerva (?), también de Roma.

Unos «santicos» traídos de la China.

Un retrato grande de una dama cortesana vestida de negro (procede también de Roma).

Un alfanje turquesco y un arco con su carcax lleno de flechas.

Me llamó la atención todo esto y seguí revisando el voluminoso legajo y hallé otro documento: la copia de la carta de donación de D. Jerónimo Treviño, a su sobrina D.^a Magdalena. En esa carta, la colección de obras de arte es espléndida, según puede verse por las notas que siguen:

Sesenta lienzos de diversas pinturas grandes, y son retratos de diversas ciudades, emperadores y reyes y príncipes y los Evangelistas y San Jerónimo y las Virtudes teologales y las Sibilas y la conversión de San Pablo y los doce meses del año y la Samaritana y caza y montería y guerras. Todo esto hallábase en las salas bajas y en la «quadra» de la casa palacio, y otros «papeles pequeños de pintura y una.... pequeña de dos personas en lo alto de la sala grande.—Este párrafo está casi copiado a la letra, excepto en lo que toca a la ortografía. En caso de que el amigo Cazabán necesitara una copia en regla, solicitaría la gracia de la Venerable Hermandad y creo que se me atendería.—Luego sigue:

«Item: un quadro grande pintado al oleo que es Eva con un niño y un Crucifijo»... *«que vale mucho»*, dice el manuscrito:

Un cuadro grande con la Casta Susana y los viejos.

Otro grande con una mujer desnuda y un niño con un espejo (?).

Otro grande que es «una risa» con cinco personajes que están riendo.

Otro, que representa a S. Francisco elevado, con una calavera en la mano, *«que vale mucho»* dice también la Carta donación.

Otro, que representa al Excehomo y a la Magdalena: está llorando.

Otro, con dos personas desnudas y un niño.

Otro, del Salvador del Mundo.

Otro: una Magdalena con una cruz y una calavera en las manos (*«que vale mucho»*, según el documento).

Otro: que representa a San Benito y a S. Bernardo.

Dos tablas que representan a la Virgen; en una con el niño Dios y en otra sola.

Otras dos tablas pequeñas, con la imagen de la Virgen.

«Un retrato de una hermosa dama vestida de negro.

El retrato del Caballero freire y prior D. Jerónimo Treviño.

Cuando se hizo la copia del documento había muerto ya el rico caballero freire, y dice el documento que había estimado todo ello en más de 2.000 ducados, «y los vale», agrega.

El último papel que he encontrado es el testamento de D.^a Magdalena Treviño, sobrina de D. Jerónimo, otorgado en 1628 y en él se enumera así el rico tesoro artístico del prior de San Benito de Jaén:

Sesenta lienzos de diversas pinturas, que son «retratos de ciudades e de Reyes y evangelistas, virtudes y sibilas e los doce meses del año y caza y guerra»...

Un cuadro grande del Salvador.

Otro con S. Francisco elevado.

Otro con el Excehomo y la Magdalena.

La Magdalena con cruz y calavera.

San Benito y S. Bernardo.

Dos tablas medianas de Nuestra Señora, una con el niño y otra sin él.

Dos Cristos pequeños de talla.

Unas tablas (díptico) con S. Jerónimo y el Espíritu Santo.

Una con S. Francisco pequeño, de capuchino.

Una tabla pequeña con un Excehomo.

Una tabla grande de Venus y Cupido.

Cuadro grande con dos personas desnudas y un niño.

Otro cuadro grande que es una risa, con cinco personas.

Un retrato de una dama vestida de negro.

Otro retrato (?) de la Samaritana.

Como se vé, hay diferencia entre los tres documentos y convendría averiguar qué cuadros son esos de Venus y Cupido, y de «la Risa». Es extraño que el de Venus resulte primero un cuadro grande y en el documento posterior como una tabla.

¿Qué Venus es esta que recuerda más de un cuadro de extraordinario valor artístico?

Podría prestar su colaboración también el inteligente y notable crítico musical, é ilustradísimo escritor y artista D. José Subirá.

Me agradecería conocer el resultado de todas las investigaciones.

FRANCISCO DE P. VALLADAR.

LA LITERATURA EN GRANADA

(Datos para su historia)

(Continuación)

Historiadores de Baeza.—A. Montesino Argote.

Son Ambrosio Montesino, F. Torres, F. Zambrana, J. M. Ribera, A. Barahona, Cozar Navarrete, y Argote de Molina, poeta y literato famoso, que merece larga mención honorífica.

Ambrosio Montesino.

Este clérigo dedicó al M. Ilustre Sr. D. Alonso de Carvajal, séptimo señor de la Villa de Xodar, el *Comentario de la conquista de la ciudad de Baeza y noblexa de los conquistadores de ella*. Ms. firmado por Ambrosio Montesino en 1570, existente en la Academia de la Historia, biblioteca de Salazar. No contiene más que la *Primera parte*, dividida en tres libros. I. Fundación de Baeza desde que la ganó el Conde D. Lope de Haro. II. Linajes de los Caballeros que la conquistaron. III. Cosas particulares de Baeza. Montesino dirige a los jurados de la ciudad una carta, ofreciendo una segunda parte, que parece no llegó a escribir.

Francisco de Torres.

Escribió la *Historia de la Ciudad de Baeza*.—Otros dos Franciscos de Torres mencionan los bibliólogos:—*Francisco de Torres*, regidor perpetuo de Guadalajara, historiador de esta ciudad, hacia 1647;—y Fray *Francisco Torres*, autor del *Memorial del monasterio de S. Isidro del Campo, extramuros de Sevilla*, ms. de 1596.

El Padre jesuita *Francisco Vilchex* dejó manuscrita una *Historia de la ciudad de Baeza*. Es el mismo que en una imprenta de Madrid, 1653, imprimió su tratado de Santos y santuarios del obispado de Jaén y Baeza, influido por los falsos cronicones.

Mucho antes escribió el clérigo baezano *Luis Fernández Tarancón* su *Historia de Baeza*, que no se imprimió como tampoco el libro que Francisco Zambrana compuso, titulándose *Kalendario de cosas acaecidas en la ciudad de Baeza*, manuscritos aprovechados por Argote de Molina.

Fr. Manuel Tamayo, de los clérigos menores, escribió un opúsculo para demostrar que la situación de la Colonia Betis no fué Bujalance sino Baeza.

Combate Fr. M. Tamayo la opinión sustentada por Fr. Cristóbal de S. Antonio y Castro, de la orden de menores observantes, en su *Historia eclesiástica y seglar de la Colonia Betis, ahora la ciudad de Bujalance*. — (Granada, B. Bolibar, 1655).

De la Colonia Betis se ha discutido mucho. El célebre poeta e historiador Rodrigo Caro, hijo de Utrera, escribió un poema latino titulado *Bactis urbs sive Utrícula*.

El humo del patriotismo local ofuscó el juicio del cantor de las *Ruinas de Itálica*, elegía heroica más valiosa que sus trabajos históricos, inspirados por Flavio Dextro.

El Padre Florez sostiene que Betis no fué Utrera ni Baeza. — Fr. Salvador Lain, natural de Bujalance, donde murió, de sesenta y tres años, en Octubre de 1824, propugnó que la colonia romana Betis estuvo situada en Bujalance. — V.^o *Historia de los mártires Juan Lorenzo de Cetina y Pedro de Dueñas patronos de Granada* (Córdoba, 1805).

Otro cronista local se olvidaba: el presbítero D. Juan Francisco de Villalba, autor del *Discurso de la antigüedad é invención de la sagrada imagen de Nuestra Señora de la Peña que se guarda en el convento de los frailes mínimos de la ciudad de Baexa*—MS.

Juan María de Ribera.

Escribió sobre *Linajes y noticias de Baexa*.

Este autor es el doctor D. Juan M. de Rivera que en Córdoba, imprenta de la Capellanía, imprimió, hacia 1767-82, en cuadernos o fascículos, los *Diálogos de memorias eruditas para la historia de la nobilísima ciudad de Ronda*.

La Real Academia de la Historia en 1782, nombró socio *correspondiente* al doctor D. Juan María de Ribera.

Su libro de *Linajes de Baexa* tiene antecedentes. Argote de Molina, en su *Noblexa de Andalucía*, menciona el libro de *Linajes y noticias de Baexa* escrito por Antonio de Barahona; y Salazar de Castro, en su *Biblioteca Genealógica*, refiriéndose a la *Historia de Baexa*, de Pedro Montemayor, escribe: «Montemayor del Mármol escribió la historia de las tres ciudades Jaén, Baeza y Ubeda, incluyó en ella la genealogía de sus principales familias, como Benavides, Carbajal, Cobos y otras, no menos ilustres. Es autor bien recibido».

Anónimo.

Un cronista anónimo escribió del mismo asunto que Montesino en el libro segundo de la parte primera de su *Comentario*, a saber, dió, en un manuscrito, *Noticia de los conquistadores de Baexa que se hallaron con el conde de Haro*.

En la Biblioteca de Osuna se conserva este manuscrito, de 17 hojas, en 4.º, letra del siglo XVII, cuando escribía T. Muñoz su *Diccionario bibliográfico-histórico* (1858).

Antonio de Barahona.

El sabio autor de *Noblexa de Andalucía*, hace mención de un libro, manuscrito de Antonio Barahona sobre *Linajes y noticias de Baexa*. El jesuita P. Francisco Vilchez, en su tratado de *Santos y santuarios del obispado de Jaén y Baexa* (Madrid, 1653), afirma que Antonio de Barahona floreció cerca del año 1600.

Fernando de Cozar Navarrete recopiló, sin discernimiento crítico, diversas *Noticias y documentos para la historia de Baexa* (Jaén 1884). Era secretario de aquel ayuntamiento, y su amor a la patria chica, falto de lastre científico, le hace recoger las especies mas inconexas y absurdas.

Verdad es que otro literato de más enjundia, Ruiz Jiménez, en sus *Bocetos Históricos*, no cede a Cózar Navarrete en el empeño ciego de engrandecer con fábulas la historia de Baeza. Don Juan Antonio Estrada, en su *Población general de España*, habla de la Academia beaciense y Ruiz Jiménez hace discípulos de esta universidad a Orfeo, el mítico, Homero, el aeda épico, Licurgo, el legislador, Apolonio, el mágico, y otros sabios de la antigüedad.

Cózar bebió en fuentes cristalinas y en charcas cenagosas. Para la batalla de las Navas acude a las historias de Toledano, a las cartas del Rey y del Papa, y a la Crónica de Alfonso VIII por Núñez de Castro; y para otros hechos apela a la novela histórica que el embustero Miguel Luna publicó como traducida del árabe con título de «Historia de la conquista de España».

Todavía no queda agotado el caudal de la Historiografía beaciense; se olvidaba, en esta enumeración, un teólogo y cronista del siglo XVII,—

G. Salcedo Aguirre, — y un cronista anónimo de comienzos de aquel siglo. Y no es lícito dar por cerrada la serie con esos dos historiadores.

(Se continuará)

M. GUTIÉRREZ.

EL DOLOR DE ESCRIBIR

Escribir, porque el alma se concentra
y quiere decir cosas indecibles,
palabra que de rara no se encuentra,
cosas que nos parecen imposibles.

¡Escribir un soneto! Y nuestra vida
se resbala en la pluma, y se nos vierte
poco a poco la esencia, y una herida
en el alma nos hace ver la muerte.

Y nuestra frente piensa y nuestra angustia
cayendo va en los yertos corazones
con la tristeza de una rosa mustia
que rimara en el viento un ritmo blanco
y que se deshojase en los rincones
de un viejo parque sobre un viejo banco.

R. BUENDIA MANZANO.

AMOR DEL ALMA

El sargento de la compañía es un mocetón garrido, buen mozo, cumplidor exacto de su deber, severo en cuanto a la ordenanza se refiere, llano y cariñoso fuera de los actos del servicio: así, que sus jefes y sus subordinados lo quieren, y en el regimiento el sargento Plaza es el primero de los sargentos, sucediendo algo singular: que de sus compañeros de graduación es estimado y no envidiado.

Al sargento Plaza no se le conoce más que una debilidad por la que pueda tildársele un tantico, la preferencia que manifiesta por el soldado Juan de las Heras; un muchacho rubio, sin pelo de barba, con unos ojos melados muy expresivos, ademanes distinguidos y estatura mediana: le encomienda los servicios menos penosos y jamás le riñe; cierto que el muchacho no lo merece, pues llena su cometido y es callado y enemigo de broncas y fiestas...

Llegó el día en que Juan cumplió el tiempo de su empeño, y se marchó de la compañía y por ende del regimiento.

Al poco tiempo, el sargento Plaza fué destinado a su instancia a otro cuerpo que lejos de allí de guarnición estaba; pero antes de incorporarse

a él, había de tener lugar un acontecimiento fausto, se casaba; lo cual sorprendió a todo el regimiento, a sus compañeros de graduación y a sus jefes, a quienes la noticia llegó por haber pedido a tal fin la fe de soltería,—por la razón sencilla de que nadie le había conocido novia Serfa, pues, que el amor había penetrado en las entretelas de su corazón repentinamente, sujetándolo tanto al encanto suyo, que remedio otro no había para curarse de la halagadora dolencia, que unirse perpétuamente a la mujer que tal pasión había sabido encender en el pecho del ordenancista.

¿Dónde se casaba el sargento Plaza y con quién?

Ignorábanlo todos, tanto por la razón expuesta, cuanto porque el documento aquel lo había pedido estando ya ausente.

Poco tiempo después, recibió el jefe carta del antiguo subordinado participándole su nuevo estado y ofreciéndole sus respetos, pero sin otros pormenores.

Posteriormente de haber sucedido esto, un soldado que Huertas se apellidaba y que había salido a un encargo, llegó al cuartel presuroso.

—He visto—dijo a sus compañeros—al sargento Plaza y he visto a su mujer; han venido en la diligencia, y sin parar siquiera, van al tren, y ¿sabéis una cosa?

—¿Qué?—dijeron varios.

—Que la mujer del sargento es Juan de las Heras.

Una sonora carcajada se oyó, al propio tiempo que estas palabras:

—Tonto estás, Huertas.

—Un poquito ido de aquí—y señalaban la cabeza.

—¡Vaya una vista, lo que engaña, hijo!...

—Lo que queráis, pero la mujer del sargento es Juan, o yo no soy Huertas. El tren tarda en salir un cuarto de hora, id y veréis.

Algunos soldados se disponían a salir para satisfacer su curiosidad, pero lo impidió la corneta que los llamaba.

El silbato de la locomotora se oyó estridente, altivo, poderoso; la expedición se alejaba.

Huertas no pudo probar su dicho, y durante algunos días fué la burla y la impertinente broma de sus colegas.

Antonio de las Heras es un desdichado: ha enviudado; su mujer le dejó dos hijos, Rosalina que es la mayor, y Juan el menor. Cuenta An-

tonio cincuenta años, es de buena presencia y parece hombre sano, mas esto no conviene con el interior: tiene una dolencia que no le deja vivir tranquilamente, ni sosegar siquiera, es inútil para trabajar, y como el pequeño Juan es bueno, como ama a su padre y a su hermana, trabaja para todos y con el producto de él, todos viven.

Un gran disgusto preocupa al padre y a sus hijos: está próximo el momento en que se sorteen los mozos: Juan había «de meter mano» y si le tocaba ir al servicio, ¿qué sucedería a los que quedaban?

Como todo llega, vino el día en que la quinta se celebró y Juan sacó el núm. 1. Hubo duelo en su casa; los amigos procuraron consolar a la familia, pero consuelo haber no pudo ante la realidad fatídica, ante el porvenir lleno de realidades y miserias, negro y tristón.

Antonio propuso excepción; se formó expediente, llegó el reconocimiento facultativo, y nada, no encontraron, doctores y licenciados, enfermedad que encajara dentro del cuadro de las que hacen al hombre inútil para el trabajo.

No había, por tanto remedio, y Juan había de cargar con el chopo.

Aquella pobre familia se apenó extraordinariamente; el padre enfermó más cuando el recluta recibió orden de incorporarse al regimiento a que había sido destinado.

Pensativa y cariacontecida anduvo Rosalina algunos días; pocos faltaban para que su hermano tuviese que marchar, y una noche dijo a sus padres:

—Tengo una idea hace días respecto a la ida de Juan, que le he dado mil vueltas, y voy a decirla; la creo nuestra salvación.

—¿Qué hija mía?

—Que Juan se quede con usted y yo me voy a servir al Rey en su lugar.

—¿Has perdido el juicio?

—No, ni mucho menos: yo me convierto en Juan y Juan sigue trabajando para usted, que es amor de nuestra alma.

—¡Jamás!—murmuró Antonio sumido en amargo llanto.—Yo no puedo consentir eso; hay muchos peligros que arrostrar; tu honra expuesta; un descubrimiento... una causa; imposible que tu soportes los trabajos propios del servicio. Juan va a su destino, no desconfiemos de la voluntad y del amparo de Dios.

—Nada de lo que me dice V., ni me arredra, ni me hace desistir de mis propósitos, de mi firme resolución, y precisamente confío en la pro-

tección de Dios que penetra mis intenciones y sabe la causa de mi empeño; para ello es indispensable irnos del pueblo adonde no seamos conocidos, donde no haya noticia nuestra.

—Yo,—dijo Juan—tampoco consiento eso, ni puede ser: cuando mis ocupaciones militares me lo permitan, trabajaré en el regimiento o fuera de él, y lo que gane será para vuestro sostenimiento: ir tu por mí ¡nunca!

—Pues iré; estoy firmemente resuelta, suceda lo que quiera.

Larga, intrincada fué la polémica que se repitió uno y otro día. Al fin Rosalina triunfó; no hubo medio de convencerla, ni de hacerle desistir de su propósito.

Algunos días después se había ausentado del pueblo la familia de Antonio de las Heras, sin que hubiese noticia del punto donde marcharon; aquello fué la del humo: anochecieron en su hogar, y a la mañana siguiente se encontró aquel desierto.

Desde el momento en que el recluta Juan de las Heras se incorporó a su regimiento, fué sumiso, cumplidor de su deber, aplicado. Apenas la corneta o la banda tocaba diana, abandonaba el lecho sin pereza, y cuando se daba la orden de descansar, se retiraba de los primeros. Una mañana sintió el militar llamamiento y no pudo levantarse, estaba enfermo. Los compañeros notaron que en el lecho quedaba, y bajaron a la lista. Juan de las Heras, fué nombrado por el sargento Plaza.

—En la cama quedó emperezado—dijo uno de los soldados.

Concluída la lista, subió el sargento al dormitorio, vió a Juan acostado, se acercó, estaba dormido al parecer.

—¡Vamos, perezoso!—gritó al tiempo mismo que apartó la cobija.

—¡Por Dios! suplicó Juan sujetando la ropa.

Mas el sargento la separó por completo y quedó sorprendido; aquel soldado tenía formas que no eran ciertamente de varón.

Juan quedó anonadado, ruboroso, confuso; gran temblor se apoderó de su cuerpo y balbució:

—No me pierda usted, calle por la Virgen... mi padre... mi hermano... la enfermedad... la desgracia... Le contaré a V. todo, y sabrá respetar la desdicha.....—Y tanta emoción produjo amargo llanto.

El sargento bajó a la compañía y dijo:—Juan de las Heras, tiene fiebre; queda en cama.

.

El soldado contó al sargento lo acontecido, y tanto le interesó la abnegación de aquella pobre niña, que no solo prometió callar, sino ser su decidido protector: el acaso le había hecho saber que Juan era Rosalina de las Heras.— Y esta es la historia que el soldado Huertas vislumbró y que no pudo saber.

.....
Felices son Rosalina y Plaza. Este, en gracia a su heroísmo, a sus excelentes dotes y a la antigüedad conseguida, es coronel.

El amor de Rosalina a su padre, su sacrificio y su abnegación, han tenido justa recompensa.

GARCÍ-TORRES.

Guadix, 1912.

MIS ENSAYOS DE ALPINISTA

III

Quedaba todavía más de una hora de sol.

Al emparejar de retorno con el carmen de S. José, hoy propiedad del Dr. Fernández Osuna, se me ocurrió mirar a la izquierda y abismar mis ojos en el medroso barranco que se eleva, escarpado y sinuoso, hasta las alturas de la silla del Moro y Generalife.

Una veredilla de cabras, estrecha, partía del lado derecho del desfiladero y serpeando audaz entre trancos y pendientes, perdíase a trechos para aparecer luego más allá.

Tuve la mala tentación de pretender escalar la cumbre abrupta, e incontinenti formé mi plan con la presteza que solemos emplear, en ciertos años, para decidir lo que tiene trazas de aventurado y difícil.

Ascendería, pues, fueron mis cálculos, barranco arriba, sorteando de flanco sus peligros, y una vez en el olivar, bordeando el albercón del Negro, por donde yo había pasado alguna vez, entraría por la carretera del cementerio, en plena Alhambra, descendiendo a Granada sin obstáculo alguno y engalanado además por el triunfo conseguido, que haría valer entre mis amigos y conocidos, poco enterados de aquellos andurriales y aptos para creer la proezas que oyeran de mis labios.

Manos a la obra; buena ocasión se me ofrecía de probar mis bríos.

No tenía antecedentes de la excursión: sólo sabía por haberlo oído decir que había malos pasos en la subida, lo mismo por aquel lado que

por cualquiera otro de la pendiente; pero así sería mayor mi triunfo y mi fama de mozo fuerte y sereno...

¿Quién dijo miedo? Sin mayores preámbulos volví la espalda al camino público y penetré en lo desconocido con la confianza envidiable que prestan de consuno la ignorancia y cierta especie de vanidad gimnástica y bizarra de que yo entonces presumía.

En menos que canta un gallo me elevé, casi a saltos a muy regular altura.

Me hallaba entonces en plenitud de fuerzas, ligero de carnes e intrépido y emprendedor a maravilla para aspirar con éxito a una aventura alpina tal como la que se me ofrecía.

No volvía la cabeza atrás para gozar después de la sorpresa grata de encontrarme, casi en la cúspide, de allí a pocos momentos.

Pero no estaba la cumbre del cerro ni tan a la mano ni tan accesible como yo me figuraba.

A cada instante me detenía en mi ascenso laborioso, una desigualdad del terreno, que yo vencía utilizando las manos como quien escala un muro. Lo malo era que una vez en posesión de un tranco, me encontraba con otro más áspero e inaccesible, sin que hubiera vereda ni señal alguna por donde encaminar los pasos con relativa seguridad; o yo había perdido el camino o lo que desde abajo juzgué vereda era simple ilusión de mis sentidos.

Una fuerza secreta me impulsaba quizá para contrarrestar ciertos asomos de arrepentimiento que me empezaban a asaltar; aunque bien comprendía que no sería faena leve el desandar lo andado.

Me hallaba circundado de riscos y de infranqueables accidentes del terreno, que me cerraban el paso en absoluto mostrándome duros e inhospitalarios.

En un momento de perplejidad, tuve el mal acuerdo de mirar al fondo, cosa que había esquivado hacía rato, sin duda para no arrepentirme de haber subido tanto y a sitio de donde no podía ya descender.

Y aquí empezaron mis ansias no disimuladas y mi indudable miedo, que había tenido a raya hasta entonces.

Sentí de pronto un vacío, una carencia absoluta de energía, una como progresiva extinción de mi personalidad tan completa, que creí, como cosa indiscutible, que había llegado el caso de perder la vida, bien rodando ladera abajo o presa de un síncope mortal.

Mis piernas temblaban, una opresión molesta en el pecho, me impedía

respirar, sudaba a pesar del airecillo vespertino que no tenía nada de templado; y si es de ánimos y coraje tampoco estaba sobrado ni mucho menos.

Barruntaba mi ruina; miré a los cielos piadosos demandando piedad y misericordia y si no empecé a dar gritos fué sin duda porque juzgué infructuoso aquel postrer recurso.

Yo afirmo aquí, como hombre serio y veraz que el lance no era para menos y que sin la fuerza que da la desesperación y el convencimiento de que no había otro dilema que pasar allí la noche o sacar fuerzas de flaqueza, amanezco en mi puesto empojetado como una cabra, si los lobos o las alimañas serranas me lo permitían.

Yo suponía, en medio de mi atagantos, que la acequia de la Alhambra no podía estar lejos, que una vez conquistada ya tenía camino derecho para seguir y el forzoso encuentro con seres racionales; pero nada veía a derechas, la luz se iba acabando por instantes, y mi sola perspectiva se reducía al corte vertical que me cerraba el paso.

Un deseo vehementísimo me invitaba a mirar del lado del abismo, y otro no menos activo me sujetaba a mantener los ojos siempre adelante.

Hubo momentos que me llevé las manos atrás, como si tratara de desasirme de una cola o aditamento del cual me tiraran seres despiadados para hacerme caer de espaldas y rodar hasta dar con mi cuerpo destrozado en el río.

Por un extraño fenómeno se despertó en mí un amor entrañable hacia los árboles y arbustos que tachonaban el suelo pedregoso. ¡Qué arraigados y seguros desafiaban al aire que agitaba blandamente sus copas!

A buen seguro que aquellos afortunados troncos perdieran el equilibrio de que yo andaba tan menesteroso. ¡Pues y las yerbas, graciosas y frágiles que se adherían y tapizaban, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, las más escarpadas pendientes!

Yo solo era allí ¡voto al chápito! quien sudaba la gota gorda, mareado, temblón, casi haciendo pucheros y hecho una pura lástima.

¡En mal hora salí de mi casa en tan aciago día!

A la desesperada, como quien juega una última carta, trepé por un flanco y gané la inmediata torrontera, divisando mis cansadas pupilas ¡bendito sea Dios! una veredilla imperceptible que tomaba hacia arriba, casi perdida entre los juncos y retamas...

Gateando, arañando, hasta clavando la barba en la tierra para hacer

fuerza, con visibles deterioros en la ropa coroné otro montículo y ya empecé a respirar a mis anchas.

El agua estaba cerca, oía su blando correr y mojaban mis pies algunas cristalinas exudaciones, que formaban hilos de limpieza acorada.

MATÍAS MEMDEZ VELLIDO.

(Concluirá).

La ópera española y el maestro Bretón

Aunque los rotativos han prestado alguna atención a la interesante carta publicada por el ilustre autor de *La Dolores* en el periódico *El Liberal*, respecto del problema planteado por la empresa del regio coliseo para las óperas de autores españoles, como siempre sucede en España, todo aquello que no se relaciona con las luchas de la política de los partidos y con los crímenes y demás sucesos de la crónica escandalosa, queda en la sombra y ni aún interesa la pública atención un día al menos. Se publicó la carta, recogieron la queja varios periódicos de Madrid y provincias y... «todo está igual», como dice el personaje de una de las más famosas zarzuelas de Chapí.

Véase como da cuenta de la carta, uno de los periódicos de Madrid, colocando a la cabeza del artículo esta frase oportunísima y lógica: «*El Gobierno debe intervenir*». He aquí algunos párrafos del artículo:

«El maestro Bretón, el insigne autor de la música de *La verbena de la Paloma*, zarzuela modelo del género, y de la de las óperas *La Dolores*, *Los amantes de Teruel*, etc., y de no pequeña cantidad de música de cámara, protesta en un largo artículo que vió ayer la luz, contra una de las condiciones en que la concesión del teatro Real ha sido prorrogada a la actual empresa Boceta Calleja.—Según esa condición, en vez de ser obligatorio estrenar una ópera española cada año, sólo tendrán que ser estrenadas tres en todo el tiempo que la concesión dure; cinco años, que con la prórroga a que la empresa tiene derecho, pueden duplicarse hasta diez.

Y en este supuesto, arguye, con razón evidente, que debe corregirse la cláusula y restituirse la antigua, obligando a los señores Calleja y Boceta a poner en escena una ópera nueva de autor español cada temporada.

El teatro Real, teatro del Estado español, como el teatro Español, que

lo es del municipio matritense, son eminentemente nacionales, y deben tener relación directa al *arte* y al *arte* español, señaladamente; no deben entregarse a una explotación, de quienquiera que sea, sin más objetivo que el sacar utilidad y hacer dinero.

El Gobierno y el Municipio, al concederlos a una empresa, deben hacerlo de tal modo y con tales cortapisas, que se asegure el fomento del arte nacional y la protección de los autores españoles.

Evidentemente, si en España, donde no existe teatro lírico dedicado a la ópera española se consiente que en el Real se estrenen tres obras de compositores nuestros ¡cada diez años!, lejos de promoverse la producción de música grande, de música seria, se empujará a todos los músicos a que se circunscriban al género *chico*, cada hora más chico, y se ahogará en flor toda una bella arte entre nosotros ¡El tiempo, el trabajo, el estudio, la inspiración..., aun el dinero que son precisos para escribir una ópera! ¿Y se pretende que nadie ponga el pecho a todo ese cúmulo de dificultades, para que le resulten totalmente improductivas en dinero, ni en gloria, ni en proselitismo, ni en cultura musical patriótica?

Un género artístico no se crea ni mantiene sino mediante una producción abundantísima, que forme autores, que permita la selección, que cristalice la manera, y especifique y diferencie lo de dentro de lo de fuera.

Pues pretender que esa producción ha de obtenerse *gratis et amore*, baldíamente, por puro amor al arte patrio, es necio y es inicuo».

A estos párrafos siguen otros de muy oportunos comentarios, dirigiéndose al Ministro de Instrucción pública y Bellas artes y prometiendo hablar más y bastante claro.

Nosotros también hablaremos, aunque la voz de las provincias suena poco y mal en Madrid, donde hasta la gran prensa trata con singular despego a la prensa y a los escritores «de provincias», y entre tanto ofrecemos a la consideración de los lectores estos amarguísimos párrafos de la carta de Bretón: del eminente músico de quien España se preocupa muy poco, a pesar de sus grandes merecimientos que pasaron ya hace años las fronteras. Dice así el gran maestro:

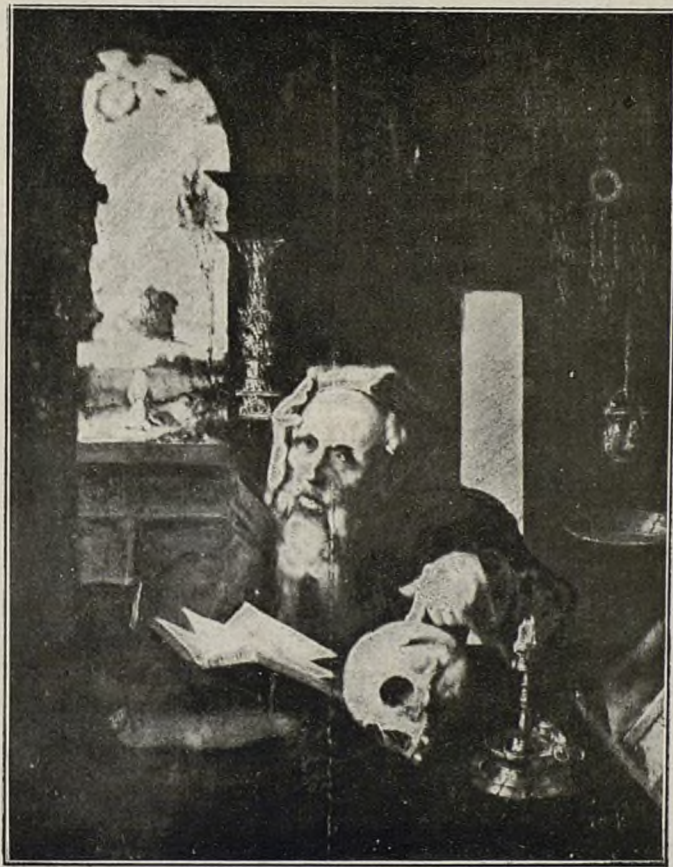
«Si a su tiempo no hubiera hecho yo cuanto me fué dable para que ese atentado al arte nacional no se consumase, podría tacharse mi queja de egoísta; mas completamente tranquilo en este punto, yo denuncio ese estado de derecho que me impide estrenar en mi país, durante la temporada oficial, una ópera en el único teatro oficial de España, en el que he

estrenado tres, dos de ellas con éxito tan favorable, que fueron las que produjeron más beneficio a la empresa en las temporadas respectivas. Va para un año que gestiono el estreno, en el Teatro Real, de una ópera pensada para esa escena; y digo así, porque hace mucho más tiempo que guardo otra, y no la he presentado por estimar que la corresponde un marco más modesto. Las esperanzas en un principio — en el pasado mes de Octubre — fueron falazmente lisonjeras; mas la nueva situación legal (!) y el irritante prejuicio que pudo contribuir a crearla, han dado por completo en tierra con estas legítimas aspiraciones.

Yo me atrevo a llamar respetuosamente la atención del público, de los artistas, de la Prensa y del Gobierno respecto de la situación en que se coloca al compositor español que quiere hacer algo más que género chico; no he de invocar la buena suerte que repetidas veces me ha acompañado en España, en algunas capitales de Europa y en América. En la región del Plata precisamente, escenario de la nueva ópera en cuestión, es esperado con interés este estreno desde que el gran poeta del Uruguay Zorrilla de San Martín, autor del admirable poema «Tabaré», cuyos son título y asunto de la ópera, se dignó sancionar con amable y caluroso aplauso la traza y forma del libreto que sometí a su examen y aprobación; y a mí me da materialmente vergüenza de que se enteren en aquellos países de que en el mío, después de haber obtenido muchas veces el aplauso del público por gracia o por virtud, tropiece con tantos obstáculos, se discuta la lengua nacional, se pre-texten dificultades de reparto, que en todo caso revelarían defectos de organización y no logre lo que pudo alcanzar el pasado año un compositor extranjero, cuyos méritos no osaré discutir, pero de historia y fama tan pequeñas, que el público madrileño se enteró de su existencia y del título de su obra cuando los vió anunciados en el cartel de abono».

El problema es digno de toda atención. Medítese en él y en estas preguntas, que por sí mismo hace el gran músico, el que sacrificó su existencia y su actividad al arte patrio: «Y a los compositores que no puedan, que no deben por edad, por historia, por dejar el campo libre a la juventud, acudir a esos concursos, ¿qué les queda que hacer? ¿Cambiar de profesión? ¿Renunciar al trabajo que fué su ilusión, su ideal, la esencia de su vida? ¿Emigrar?». ...

No, maestro; escribir garrotines, matchichas y otras zarandajas, y hacer coro a los que motejan y se ríen del fantasma de la *ópera nacional*.—S.



Joyas de la Exposición de Arte Histórico.—S. Jerónimo en su celda.
Tabla flamenca, de Quintín Metsys (?)

r
r
el
e-
de
or
ar-
de

ais
is-
ico
un

ys

po-
An-
i.
te a
os»,
nás
gado
bre
in-
Val-

sin
de
or y
ería
e los
ere-
Glo-
revi-

do artista, mediador entre dos períodos de arte, culminando el primero en Huberto van Eyck, y el segundo en Rubens; la figura de Quentin Matsys (o Massys), que ha cautivado siempre la atención del pueblo, porque la tradición ha rodeado su frente de una aureola, diciendo que el amor omnipotente, el amor a una doncella arrogante por su belleza y su garbo, lo convirtió de herrero en pintor, ya por que la beldad no quisiera contraer matrimonio sino con un artista, o porque el padre no se prestara a conceder la mano de su hija sino a quien lo fuera.

Y en algunos versos que el docto Lampronio escribió en 1572, cuarenta y dos años después de la muerte de Quentin, se encuentra aquella tradición aludiendo a Vulcano vencido por el poder de Venus, y se repite en el felicísimo verso que se halla en la lápida sepulcral que una centuria después de muerto el pintor fué empotrado en la fachada de la Catedral de Amberes:

Connubialis amor ex mulcibre fecit et Apellem

Ignoramos si tiene fundamento la tradición. Para confirmarla muestran en Amberes, ante la Catedral, el dosel de una fuente, y en Lobaina la cubierta de una pila bautismal que dicen fué obra de Quentin. Es cierto que éste se ocupó en trabajos de metal, pues en 1519, fundió en bronce el retrato de Erasmo de Rotterdam, según este mismo dice (*Epistolas*, lib. XIX).»

Fastenrath, cita el testimonio también de Carlos van Mander y la epopeya de Kinkel *El herrero de Amberes*, y agrega: «Alberto Durero le honró con su visita; Juan Holbein, el menor, le conoció, y Tomás Moro, a quien Erasmo de Rotterdam y el sabio Pedro Egidio habían remitido sus retratos hechos por Quentin, le celebró en clásicos versos latinos cual renovador del arte...» (pág. 66).

Matsys nació en Lobaina en 1466. Fué poeta y músico y no tuvo maestros según van Mander; ...«libre y espontáneo, dice Fastenrath, elevase su genio a las alturas con su propia energía, y ninguno de los maestros precedentes, excepto los hermanos Van Eyck, ha demostrado tanta libertad artística como él, que, teniendo algo del genio creador de Shakespeare, retrató lo más alto y lo más bajo de la naturaleza humana, descendiendo a lo burlesco y remontándose a las cumbres de lo trágico; y así en sus figuras representando avaros era precursor del arte de Teniers, como en el peregrino retablo que guarda el Museo de Amberes nos hace adivinar las venideras pinturas de historia de Rubens y de Rembrandt...» (pág. 67). «Quentin fué el primero que lo subordinó todo

a la acción y que retrató las figuras humanas de tamaño natural, aspirando a darles expresión más viva que todos sus predecesores y a representar la escala entera de la pasión» (pág. 68).

Fastenrath hace una detenida y entusiasta descripción del retablo de Amberes y dice que «el colorido es claro y delicado, pero mientras los predecesores de Quentin, exceptuados Huberto van Eyck, Dierick Bouts y Gerardo David, colocaban vigorosos tonos de color, por ejemplo, el azul o el encarnado, el uno junto al otro sin transiciones suaves, Quentin modela con estas, así en la encarnación como en los ropajes.

A los hombres los presenta en traje oscuro, a las mujeres les da vestiduras tornasoladas como el arco iris. Manifiéstase pintor del alma, siendo lo único que un tanto desvía el interés los tocados de las mujeres recargados de adornos, y la abundancia de brocado (pág. 69).

Felipe II ofreció una suma considerable por el retablo, pero el Consejo de Amberes lo adquirió del gremio de carpinteros que lo poseía en 1.500 florines.

Fastenrath cita otras obras con grande encomio: una tabla que representa la Sacra Familia en S. Pedro de Lobayna y las demás que componen el retablo; la Virgen con el niño, en la ermita de S. Petersburgo; un Excehomo del Museo de Amberes y una Magdalena que posee el Museo Rothschild, de París.

«¡Qué contraste tan grande!—agrega Fastenrath—Quentin, que teniendo en el alma el fuego de una inspiración novísima y generosa dirigía en las citadas creaciones el gusto hacia el blanco de la verdadera belleza, pintó también aquellos cuadros de costumbres que en tamaño natural ostentan las figuras medias de cambistas y usureros. Uno de aquellos cuadros lo posee el Louvre, otro el palacio de Sigmaringen. Conocidos son también los dos avaros que se hallan en el palacio de Windsor»..... (pág. 72).

En el Museo de Madrid, según Madrazo, hay un Cristo, después de azotado en la columna. Una virgen con las manos unidas y otra tabla titulada *El cirujano de lugar*, que es uno de esos cuadros de costumbres a que Fastenrath se refiere. El cirujano, con una navaja, saca una piedra de la frente de un soldado suizo. Ayuda al cirujano su mujer y la madre del soldado está desmayada a la vista de la herida. Son medias figuras y la tabla mide 3 pies 7 pulgadas, por 5,5.—V.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LIBROS

— *Jardín de primavera* ha tenido un gran éxito, por lo cual felicito de todo corazón a su autor, mi buen amigo, colaborador y paisano Fernández Fenoy, cuyo retrato ha publicado hace pocos días el *Heraldo de Madrid* en el lugar más popular del periódico: en los bonos de lotería que tanto se buscan y se guardan.—Bien merece todo el interés que el público ha demostrado ese precioso libro, en el que el cuentista, el literato y el poeta de la vida dan fe de su existencia en buena y bien equiparada proporción. El autor de esos cuentos promete ser todo un novelista de agudo ingenio y delicada forma de exponer y desarrollar hermosas creaciones, en que resplandece la vida con sus amarguras y sus alegrías. LA ALHAMBRA reproducirá algunas páginas de ese libro, primero que Fernández Fenoy publica, y del cual esta revista hónrase mucho en haber insertado sus primicias.

De los más bellos y castizos cuadros de color y de luz andaluza, es el titulado *visión de unas ciudades románticas*. Recomiendo ese fragmento del libro, a los que no creen en la poesía y en la belleza de todo lo que no es plata o billetes.

— *El escribano Valderas*, crónica motrileña, de mi buen amigo Manuel Rodríguez Martín (Juan Ortiz del Barco), colaborador constante y muy querido de esta revista. Es un estudio, como todos los suyos, bien documentado, curiosísimo y digno de estima. Valderas, escribano de la Comandancia de Marina de Motril, a mediados del siglo XVIII, debió ser «más trapisondista que su compañero Corrales de Conchuela, a quien hizo famoso Gutiérrez de la Vega en *Los enredos de un lugar*, que dió a la estampa en 1800», o pudo ser también un excelente funcionario víctima de poderosos y crueles enemigos; mas en este caso los varones virtuosos, oídos secretamente por las altas dignidades de la Armada, no acomodarían a la verdad sus informes y noticias; así señala y comenta esta disyuntiva Rodríguez Martín, esperando que alguien investigue y publique los procesos que se hallarán en el archivo de la Audiencia y que revelarían la verdad sobre el famoso escribano, que quizá es merecedor de todas consideraciones por haber sufrido persecución de la justicia.—Me permito recomendar este asunto a los inteligentes indi-

viduos del cuerpo de Bibliotecarios y archiveros, encargados del arreglo y catalogación del rico Archivo de la Audiencia de Granada.

— *La patria de Valdés Leal.*—*Documentos inéditos* hallados por mi buen amigo, el ilustrado y erudito arqueólogo cordobés Enrique Romero de Torres, que ha demostrado cumplidamente que Valdés Leal, el famoso pintor, nació el 4 de Mayo de 1622, en Sevilla, parroquia de San Esteban, y que «si bien es sevillano por naturaleza, es cordobés por su espíritu. Córdoba fué la patria donde se educó, donde se formó su temperamento y aprendió a pintar, donde pasó su dorada juventud, la cuna de sus ilusiones y de sus amores, donde los hermosos ojos de una cordobesa sirviéronle de estímulo al gran artista para elevarse más tarde a las altas regiones del genio».—Entre los parientes de Valdés Leal, resulta de documentos un Francisco Leal Valdés «ordinario que fué desta Ciudad (Córdoba) a la ciudad de Granada» .. Recojo la noticia por si ese enlace de documentaciones pudiera ser útil para la busca de noticias y documentos relativos al gran artista en Granada.—Felicito cariñosamente a Romero de Torres por su notable estudio.—V.

CRÓNICA GRANADINA

El archivo-biblioteca de la Alhambra

Muy interesantes artículos se han publicado estos días en el *Noticiero Granadino* y en el *Heraldo de Granada* acerca de la formación de un archivo, o archivo-biblioteca en la Alhambra, del cual se encargara el ilustrado Cuerpo de bibliotecarios y archiveros; es más: se ha dicho que debido al celo y amor a Granada que siempre demuestra el ilustre granadino D. Natalio Rivas, actual subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, el Cuerpo de Bibliotecarios y archiveros estudia este asunto y que muy en breve se dictará una resolución satisfactoria.

Esta revista en su primera época (1884-1885), trató de este importante asunto. Uno de sus redactores, el erudito escritor y amigo del alma Rafael Gago, publicó en el número 2 de aquella ALHAMBRA, que contiene interesantísimos trabajos para la historia crítica de Granada, un interesante artículo titulado *La Biblioteca de la Alhambra*, cuyo primer párrafo dice así:

«No hay edificio alguno en España que sea como la Alhambra, lugar más propio para el establecimiento de una biblioteca de autores orientales y archivo de monumentos árabes. Esto sería poner al lado del enigma, la clave, disipando las tinieblas del misterio en que se envuelve la Alhambra, con la luz de la investigación. Entonces con paso más segu-

ro se podría penetrar en las famosas estancias del alcázar, y en el secreto indescifrable del ideal que encierra, después de haber penetrado en lo íntimo del misterioso espíritu de la raza que lo edificó... (LA ALHAMBRA), revista decenal, n.º 2, 20 de Enero 1884).

Después, inserta Gago, modestamente, y sin otro propósito que el de contribuir a la realización de aquel proyecto, «un ligerísimo resumen de lo que debe contener dicha biblioteca», y en el que figuran notables obras, más conocidas hoy en 1912, de lo que lo eran en aquellos tiempos.

Ahora la empresa es más sencilla que entonces; además del Archivo, del que consignaré algunos datos, hay en la Alhambra una interesantísima biblioteca muy granadina y muy enlazada con la historia de la Alhambra: la que regaló para el simpar monumento el actual presidente de la R. Academia de S. Fernando, el conde de Romanones, y el arquitecto director de las restauraciones del alcázar, a quien Granada y la Alhambra deben mucho, ha reunido, costeándola de su bolsillo particular, una notabilísima colección de libros antiguos y modernos con el arte árabe y el famoso monumento relacionados, que es de grande trascendencia e interés.

Por lo que respecta al Archivo, no están en él todos los papeles y documentos que con la Alhambra se relacionan; el Archivo de Simancas, especialmente; el histórico, el general de Alcalá de Henares, y varios de nobles familias, como las descendientes de Hernando de Zafra, de los Marqueses de Mondéjar y otros, contienen muy trascendentales documentos, cuyas copias debían gestionarse debidamente.

Por lo que recuerdo de mis notas, hay más de 20 voluminosos legajos referentes a moriscos, y estos legajos, aparte los registrados por Contreras (D. Rafael) para su importante libro *Recuerdos de la dominación de los árabes en España* (1882), y por los Sres. Oliver, Eguílaz y Gómez Moreno, apenas son conocidos y deben guardar - lo he escrito varias veces - la entraña de la historia de esa guerra tan mal estudiada y comprendida.

También hay bastantes referentes a obras, no todos conocidos a pesar de su gran trascendencia histórica y artística, y por lo que respecta a asuntos generales voy a mencionar algunos papeles curiosos, por ejemplo:

Hechos de armas gloriosos y premios concedidos por ellos, 1591-1803.

Viaje de los Reyes a Sevilla, 1795-1796.

Prisiones de guerra notables, 1646.

Causas militares y prisiones de altos personajes, 1560-1791.

Marqués de Mondéjar, su palacio, etc., 1606-1783.

Peticiones del maestro Juan Latino.

Reparos en el palacio de Carlos V, convertido en almacén de pólvora en 1820.

Torres y castillos: castillo de Bibataubín cedido a la ciudad, 1609-1803.

Corridas de toros en la Alhambra para atender al reparo de ella, 1740 a 1800.

Toros «de cuerda» en la Alhambra, 1749.

Visitas reales, 1848 1862.

Tumultos en Granada, 1650-1749.

Lotería de cartones establecida en la Alhambra, 1818.

Real orden para que se arrienden las torres y fuertes de la Alhambra, 1824.

Incendio en unas casillas unidas al convento de San Francisco, siglo XVII.

Y otros muchos datos de acontecimientos, sucesos, etc., referentes a Granada.

No hay que dudar que un Archivo Biblioteca en la Alhambra sería de trascendental interés para el estudio de la historia y del arte granadinos. Valen la pena los libros y los papeles allí guardados de que el Ministerio, las Academias y la Comisión de Monumentos, estudien este asunto.

Y termino, elogiando la oportunidad de mis amigos y compañeros *Dimar* y Muñoz Ruiz, al tratar de ello en los periódicos granadinos que al comienzo cité.

Mariano Miguel de Val

La prensa de la corte nos ha traído, cuando nada hacía presumir que estuviera enfermo, la triste noticia de la muerte de nuestro queridísimo amigo y colaborador Mariano Miguel de Val. Muere cuando apenas había cumplido 37 años, creyéndole todos en el período brillante de sus inspiraciones de poeta y a él de calma y sosiego para sus aficiones de literato y erudito.

Entre sus trabajos de literatura regionales deja comenzado el referente a Granada, para el cual facilité notas y antecedentes.

Fué el fundador, el alma de la Academia de la Poesía, de la cual era secretario. Descanse en paz el malogrado literato y querido amigo.

En honor de Jiménez Campaña

Al cerrar esta crónica, llega a mí la grata noticia de que Loja ha hecho justicia a los grandes merecimientos de su ilustre hijo el P. Jiménez Campaña, inscribiendo su nombre en una lápida conmemorativa. Por telégrafo me he unido con todo entusiasmo al homenaje del que daré cuenta en la próxima Crónica.—V.

Prontuario del viajero Esquemas gráficos indicadores, por A. Guichot. — *Sevilla, Córdoba, Granada*. — Se venden en la librería de Ventura Traveset, á dos pesetas cada plano.

Obras de Fr. Luis de Granada

Edición crítica y completa por F. Justo Cuervo

Dieciseis tomos en 4.º, de hermosa impresión. Están publicados *catorce* tomos, donde se reproducen las ediciones príncipe, con *ocho* tratados desconocidos y más de *sesenta* cartas inéditas.

Esta edición es un verdadero monumento literario, digno del Cicerón cristiano.

Precio de cada tomo suelto, 15 pesetas. Para los suscriptores á todas las obras 8 pesetas tomo. De venta en el domicilio del editor, *Cañizares, 8, Madrid*, y en las principales librerías de la Corte.

TALLERES DE LITOGRAFIA, IMPRENTA Y FOTOGRAFADO

DE

Paulino Ventura Traveset

Librería y objetos de escritorio

Especialidad en trabajos mercantiles

Mesones 52.—GRANADA

ACADEMIA

de preparación para músicos mayores militares.—Clases generales de armonía é instru-

mentación. **POR CORRESPONDENCIA**

Director: VARELA SILVARI.—Ponce de León, 11, entresuelo izqd.ª—**MADRID.**

NOVÍSIMA

GUIA DE GRANADA

ilustrada profusamente, corregida y aumentada con planos y modernas investigaciones,

POR

Francisco de Paula Valladar

Cronista oficial de la Provincia

Se vende en la librería de Paulino Ventura Traveset, y en «La Prensa», Acera del Casino.

“OVIDIO”

cuento, novela corta o episodio nacional por Francisco de P. Valladar.—Se vende en «La Prensa», al precio de 2 pesetas ejemplar.

GRANDES ESTABLECIMIENTOS HORTICOLAS Y VITICOLAS
de J. F. GIRAUD

LA QUINTA



FLORICULTURA: *Jardines de la Quinta*
ARBORICULTURA: *Huerta de Avilés y Puente Colorado*

Las mejores colecciones de rosales en copa alta, pie franco é injertos bajo^o 10 000 disponibles cada año.

Arboles frutales europeos y exóticos de todas clases.—Arboles y arbustos forestales para parques, paseos y jardines.—Coníferas.—Plantas de alto adornos para salones é invernaderos.—Cebollas de flores.—Semillas.

VITICULTURA:

Cepas Americanas.—Grandes criaderos en las Huertas de la Torre y de la Pajarita.

Cepas madres y escuela de aclimatación en su posesión de **SAN CAYETANO**.

Dos y medio millones de barbados disponibles cada año.—Más de 200.000 injertos de vides.—Todas las mejores castas conocidas de uvas de lujo para postre y viníferas.—Productos directos, etc., etc.

J. F. GIRAUD

LA ALHAMBRA

Revista de Artes y Letras

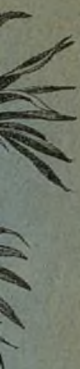
Puntos y precios de suscripción:

En la Dirección, Jesús y María, 6, y en la librería de Sabatel.

Un semestre en Granada, 5'50 pesetas.—Un mes en id., 1 peseta.

—Un trimestre en la península, 3 pesetas.—Un trimestre en Ultramar y Extranjero, 4 francos.

De venta: En LA PRENSA, Acera del Casino



do

s bajo

estos fo-
adornos

y de la

AND.
000 in-
postre

eseta.
amar